

CANTO VESPERTINO

El aura de la tarde se agita en manso vuelo
Bajo tendido cielo de trasparente azul;
Entre nubes de gasa el sol en Occidente,
A los montes de Oriente circunda con su luz.

El pálido semblante de la modesta luna
Indeciso en el éter contéplase asomar,
Como al borde del lecho la madre sin fortuna
Recoge la mirada del hijo al espirar.

Precursor de la noche, proclama su llegada
De Vénus el lucero con nítido fulgor;
La linfa de los lagos recibe su mirada
Y prorumpen en sollozos de voluptuoso amor.

Hundido el sol, sus rayos en abanico inmenso
El horizonte doran, y el bajío se ve
Mitad reverberando, mitad tras velo denso
En que á tramos penetra brillante el rosicler.

Cual vastos pebeteros derraman sus aromas
Verjeles de mil flores, al plácido arrullar
Y al ritornelo eterno de cándidas palomas,
Del gorrion y el zenzontle los himnos al vibrar.

Decora los sembrados el alto lomerío
Con esmeralda y oro, y entre árboles se ve
Tendido el acueducto, trepando el caserío,
Arrogante elevando su faz Chapultepec.

Desde él, México, miro tu mágica hermosura,
De mi dolor en medio, sembría soledad,
Como el náufrago mira, del médano en la altura,
Los falaces encantos del inconstante mar.

Sus torres, como mástiles de mil embarcaciones,
Sus astas de banderas, su inmensa Catedral,
De sus calzadas amplias los verdes pabellones,
Y tras el llano estéril su lago y su volcan.

Debajo la arboleda, de la ciudad decoro,
La luz, cual sierpe inmensa tendida en el carril,
Envuelve entre los pliegues de sus anillos de oro,
Bridones y corceles y encantos mil y mil.

No fué más hondo el llanto cuando el Eden perdido
Satán por vez primera maldito recordó,
Que el que brota á torrentes del pecho dolorido,
Hora, patria de mi alma, que te recuerdo yo.

¿Y por qué la matrona, brillante de grandeza,
 Hora impura gitana danzando al canto vil,
 Ante extranjero dueño se embriaga de impureza
 Y entrega á la coyunda su cuello de marfil?

¿Por qué, oloroso almendro de encantadoras flores,
 Al soplo de la infamia te quieres desceñir
 La guirnalda divina de mágicos colores
 Que sonriendo el Eterno de amor colocó en tí?

¿Por qué, raudal sin mancha que atravesó en su seno
 Como una faja de íris la enseña tricolor,
 Torciendo vas tu giro perdiéndote en el cieno,
 Entre espinosas zarzas de mengua y de baldon?

Tú, madre de mil héroes, la ondina de Dolores,
 Que á Anáhuac restituiste su sol de libertad;
 Que, en medio de las olas de pueblos vengadores,
 Un yugo de tres siglos supiste sepultar;

Levanta el rostro ¡oh patria! que alzándose, la aurora
 De luz indeficiente tu suelo inundará,
 Como al solo anunciarse del sol, ya se colora
 De oro y púrpura el seno del agitado mar.

Hiera tu planta el suelo: mil huestes orgullosas
 De entre recientes tumbas las frentes alzarán,
 Como elevan sus ramas las plantas valerosas
 En las grietas que deja la lava del volcan.

No así, no envilecida: en pié, mi patria amada,
 Que te halle y se aniquile sacrilego el frances;
 Que venga, que tu seno destroce con su espada:
 No pongas tus cabellos de alfombra de sus piés.

Come tus propias carnes y bebe sangre y llanto,
 No del que te envilece la vianda y el licor:
 Pide asilo á los bosques, no duermas bajo el manto
 Del sátiro de Francia, leproso emperador!

Ven, que los que te amamos, amamos tu pobreza
 Y de tus lindos ojos la bienhechora luz:
 Tendrás en nuestras almas incienso de terneza,
 Y amor, himnos y flores tu eterna juventud.

Ven, que los que te amamos, soñamos con tu gloria:
 Tu nombre nuestros bravos ensalzan al morir:
 Cada vez que la espalda nos vuelve la victoria,
 Alegre la esperanza nos une á combatir.

Renueva nuestro esfuerzo: tu voz ansiosa espera
 Para lanzar sus rayos la ardiente multitud:
 Al que espire, amorosa lo cubra tu bandera,
 Como á tumba de mártir la sombra de la cruz.